

XII

A la mañana siguiente, y una hora ántes de que amaneciera, la férrea puerta que guardaba la sala donde los tres franceses estaban presos, se abrió como por arte de encanto.

Una mano desconocida lanzó al interior, un fardo que contenía tres trajes completos, amplios y cómodos, que ellos se pusieron en seguida.

Una vez vestidos, parecían tres vecinos de Mittenberg, unos bebedores de cerveza; no llamaban la atención por nada.

Pero lo importante era salir de la ciudadela y franquear las tres ó cuatro poternas que les separaban de las tranquilas calles de la población.

Los dos Souvray y Román Tremor, á pesar del disfraz, estaban inquietos respecto de la manera de salir.

Advirtieron con satisfacción que los bolsillos de las chaquetas contenían objetos muy útiles para semejante caso: un revolver de grueso calibre y una especie de cuchillo de monte.

Notaron además que la puerta de la prisión no se cerraba, y que una cara barbuda se asomaba cual si esperara que hubiesen terminado sus preparativos.

Aquella cabeza, que llevaba un casco puntiagudo de cuero, recordaba la del judío.

Y se convencieron que era el mismo, cuando les preguntó á media voz:

—¿Estais listos?

Ese centinela no era otro que Isaac Grümder, disfrazado de soldado.

Cuando los tres franceses, que andaban con la punta de los piés como las bailarinas, estuvieron cerca de la puerta, les dijo:

—Venid.

Isaac y su séquito atravesaron un largo corredor circular que da la vuelta al cuerpo.

De vez en cuando, los centinelas interpelaban al judío, cuyo rostro apenas se distinguía, oculto por el casco, é Isaac les tranquilizaba deslizándose á media voz el santo y seña.

No tenían otra luz que la linterna llevada por el judío.

No era de día aún.

Cuando hubieron llegado al final del corredor, Isaac, valiéndose de una enorme llave, abrió una maciza puerta y los cuatro hombres se encontraron en un subterráneo abovedado, cuya atmósfera no podía ser más húmeda.

Después de haber recorrido cerca de doscientos metros, el guía les detuvo y les dijo:

—¡Alto!

Se hallaban al borde de un precipicio.

Para salir al campo era preciso salvar un foso muy profundo.

Isaac había apagado la linterna.

Esperó unos instantes.

Oyeron á unos cincuenta piés, encima de aquella abertura, el cadencioso paso del centinela que iba y venía de un extremo á otro.

Una estrecha franja del color del carbon cuando se extingue, se dibujaba en el horizonte.

Román Tremor iba á descender al foso, á riesgo de romperse la crisma, cuando el judío le tocó en el hombro sin proferir una palabra y le enseñó una escala de cuerda, que sacó de uno de los bolsillos de su capote militar.

La desenrolló, sujetóla á una espiga de hierro, que parecía puesta allí con toda idea, y dijo á sus protegidos:

—Bajad pronto y sin ruido.

Esta operación quedó en seguida terminada.

La expedición concluyó felizmente.

Un cuarto de hora despues, el conde y sus camaradas se hallaban al pié de un bosquecillo de hayas.

Isaac Grünnder silbó y en seguida, como en una obra de mágia, se presentaron cuatro caballos convenientemente ensillados.

Los tres últimos los llevaban de las riendas otros tantos criados.

Un muchacho joven montaba el primero.

A los albores del día y á pesar de que eran muy ténues aún, no podía uno menos de notar que el ginete aquel era harto delicado y elegante para ser hombre, á pesar del traje masculino, de las botas y el sombrero.

El judío se le acercó, y le dijo:

—He cumplido mi promesa.

—Y yo cumplo la mia—repuso con voz de mujer.

Y al mismo tiempo entregó á Isaac una cartera repleta de billetes.

—Van contados,—dijo—pero si hay error, ya sabeis donde me encuentro. Adios.

—Hasta la vista, alteza, y feliz viaje.

—Caballeros,—ordenó la princesa—á caballo y de prisa. Tenemos que salvar un largo camino antes de poder cantar victoria. Si alguno nos sale al encuentro, ¡pobre de él!

El judío había ya entrado en la población acompañado de los dos criados.

Penetró en la trastienda, quitóse el disfraz de soldado, púsose el grasiénto carrick y volvió á la fortaleza.

El mayor Von Schwartz estaba loco de alegría.

Nadie había advertido la desaparición de los tres franceses.

Eran muchos ¡ay! los que había bajo la custodia del comandante, para que llamara la atención la falta de tres prisioneros. Pero Isaac Grünnder, á pesar del feliz resultado de su empresa, estaba pensativo y descontento.

Cuando regresó á la población, fué hablando con los lacayos de la hermosa Wanda, y lo que estos le dijeron le dejó aterrado:

—¿Es muy rica vuestra ama?—preguntóles.

—Como las minas del Perú.

Y cuando se enteró de que poseía además un palacio en Venecia, un hotel en Paris y propiedades en todas partes, pataleaba de rabia.

No eran diez mil florines lo que debió exi-

gir, sino quince mil, veinte mil, una suma mucho más considerable.

Jamás se le volvería á presentar ocasión parecida.

Esto amargaba su victoria.

Y á la hora presente no se ha consolado todavía de no haber aprovechado en toda regla aquella ocasión.

Pero ya era demasiado tarde para reclamar.

Los caballos iban veloces como el viento hácia la frontera suiza.

Eran cuatro magníficas bestias de esa valiente raza de Ukraine, con las cuales un cosaco podría atravesar Europa entera de un extremo á otro.

La princesa Wanda parecía conocer á maravilla el itinerario, que no careció de dificultades.

Nadie interrumpió su marcha.

Iban de sorpresa en sorpresa; tal era la hermosura del paisaje.

Pero Román Tremor no podía apreciar nada de eso; su espíritu estaba muy lejos de allí.

La princesa tampoco despegaba los labios.

Entre ella y sus compañeros estaba el cadáver de Elena.

Comprendían que se había impuesto el cargo de libertarlos, pero con propósito de vengarse, y no por abnegación ni amistad.

A eso de las cinco de la tarde, cuando descubrieron las aguas del lago de Costanza, lo

quedaba por hacer más que un pequeño esfuerzo por parte de los caballos para estar en salvo.

Los animales galoparon y tardaron poco en llegar al patio del hotel de Saint-Jall, titulado *El Oso Coronado*, entonces respiraron con tranquilidad.

Ya estaban en salvo, ya eran libres.

La polaca presenció impasible y fría la satisfacción de sus compañeros.

Estaba muy hermosa vestida de hombre.

Aunque la odiaban, lo mismo Roberto que Hugo de Souvray, no podían dejar de admirarla por su energía, su bravura y su belleza.

—¡Cuánto bien pudiera haber hecho si hubiese querido!—pensar.

Al día siguiente por la mañana se reunieron á ella los criados.

Se dirigió á Roberto con su habitual franqueza, y le ofreció su cartera:

—Tomad cuanto necesiteis—dijo,—en calidad de préstamo. El dinero es el poder, es lo único.

Y añadió bajando la voz:

—¿El señor de Taunay se casa?

—Dentro de pocos días, princesa.

—¿He cumplido con mi deber?

—Ya lo creo; habeis ido más allá.

—Cuento con que vos cumplireis tambien el vuestro.

Roberto hizo una inclinación de cabeza.

—Adios—dijo ella.—¿Quereis darme la mano, señor Souvray?

Él titubeó un momento.
La polaca frunció el ceño y retiró su mano.
— ¡No teneis razon! — dijo amargamente.
— ¿Quién sabe si de todo tiene la culpa el haber carecido de la amistad de un hombre honrado! Adios, caballero, y quién sabe si muy pronto.

Alejóse sin volver la cara.

XIII

Nos hallamos en uno de los últimos y más brumosos días de noviembre.

El agua negruzca del pequeño estanque que hay frente á la casa de los Fargeas, está inmóvil, pareció helada.

Todo es allí tristeza y desolación.

No cantan los pájaros, no hay vejetación, no hay sol!

Son las cuatro de la tarde, y ya es de noche.

Sin embargo, Fargeas no ha vuelto todavía á su casa.

El ánimo del guarda parece tan sombrío como el tiempo y la estación. Cada día prolonga más la ronda á través del bosque. Permanece en su morada el menos tiempo posible.

Sufre en su orgullo de padre, en su fiereza de soldado, y huye de todo el mundo.

Las noticias son siniestras. Los prusianos avanzan al corazón de Francia. No basta que París esté invadido, Metz deshonrada, el Norte cubierto de esos insaciables enemigos,

sino que hasta el mismo Morvan, esa ruda y altiva comarca, cuyo aspecto salvaje, propicio á los golpes de mano de un pueblo exasperado, debiera arredrarles, se halla tambien amenazado como el resto.

No se habla de otra cosa que de las derrotas. El valiente ejército de Metz ha sido vencido. No hay tropas regulares. No hay más que niños mal armados que son conducidos á la matanza: y en la Nicore, cerca de los Fargeas, apenas hay familia que no esté de luto.

En el pueblo de Chevagnes no se sabe cuál ha sido la suerte de los dos Souvray ni Román Tremor, que partieron en cuanto comenzó tan funesta guerra.

No se ha recibido carta de ninguno de ellos.

¡Lo mismo que de tantos otros que no volverán!

Brichet, llamado á las armas, dejó el establecimiento, cada vez más próspero, bajo la dirección de uno de sus compañeros. Pelea del lado del Mans, en el ejército del Loire, después de haber escapado milagrosamente de la gran irrupción de Sedan. Rosa está en el Priorato, desolada y temiendo recibir una funesta noticia, puesto que los correos no refieren sino desastres.

Lucas Fargeas parece un perro rabioso.

Simón, que estaba sin trabajo, tornó á coger el fusil, una buena carabina de dos tiros, comprada con el producto de sus economías: pero no para cazar liebres, como otras veces, para lo que la queria.

No se separa del guarda.

Cuando piensan que el suelo de sus bosques, más querido aún que la patria misma, para ellos, pudiera ser profanado por los caballos de los invasores, no pueden resistir la indignación que sienten.

Esos son insultos que no deben sufrirse.

Con el fusil al hombro, van siempre por las alturas atentos al ruido que llega de lejos.

Para cazadores tan experimentados como ellos, habituados al silencio de los bosques y á la astucia de las liebres, el menor ruido, el más ligero temblor, son indicios exactos.

Están muy inquietos hace días.

Dijérase que allá, del Este, se escuchan rumores cada vez más próximos.

Fargeas, acercando el oído al suelo, dijo á Simón:

—¡Se acercan!

Para el guarda aquel era un pesar inmenso, que se unía al que experimentaba desde que su hija les abandonó.

No perdona al marqués de Taunay, su amo, los dos años que lleva de vergüenza y de amargura.

Y, sin embargo, esa aversión debiera hallarse algo extinguida.

El casamiento de Solange se había anunciado públicamente.

Y tres días después, el 4 de diciembre, debía celebrarse en la capilla de Chevagnes.

El notario de Chateau-Chinon estaba citado para la mañana del día de la ceremonia, á

fin de formalizar el contrato por el cual el marqués llevaría á cabo su promesa de reconocer por hijo y heredero suyo al hijo de Solange.

Nada más cierto.

El marqués fué á Chevagnes unos meses antes, y no hizo misterio de sus intenciones.

Su *factotum*, Servais, se encargó de confirmarlas.

Luego partió el marqués á hacer un viaje por el Mediodía, del cual no regresará hasta la víspera del casamiento, para llevarse en seguida á Solange de aquel rústico paraje, é ir á Italia, donde se propone residir largo tiempo.

La estancia en París se le hacía insufrible por diversos motivos: los acontecimientos políticos lo primero, luego el ruido que no dejaría de hacer su boda y que solo el tiempo extinguiría.

Había un tercer motivo del cual no hablaba.

El recuerdo de Elena de Rochevieuille estaba muy vivo aún en el hotel de la avenida Matignon para que á pesar de lo acorazado que se hallara contra el remordimiento, se atreviera á llevar á la nueva marquesa, y que ésta ocupase la habitación de la otra, ¡su pura y angelical víctima!

Así, pues, encargó á Servais que alquilara, á orillas del lago Garde, á cierta distancia de Riva, en un sitio encantador, una villa que el inteligente criado alhajó con un lujo

digno de la riqueza de su amo y de la hermosura de la novia.

La razón del alejamiento del marqués cuando se hallaba próxima su boda, se explica fácilmente.

Oliverio no podía soportar el vivir cerca de Solange, cuyos rigores ponían á prueba sus deseos, exacerbándolos.

Ella no había de ceder.

A medida que la guerra se extendía, amenazando hasta los lugares más salvajes de la Nievre, suplicóle que renunciara á estar en Chevagnes y le siguiera al Mediodía.

Peró Solange no accedió.

Refugiada en Gué-aux-Biches, se encerró para no salir sino el día de su boda, cuando la campana de la capilla anunciara la hora de la ceremonia.

Sin embargo, su obstinación era tan dulce como firme.

Sabía excitar hasta el último grado los deseos de su adorador, mostrándose atractiva con él, escuchándole con paciencia, sonriéndole hasta con melancólica ternura, llena de encanto. Pero después de esas sonrisas, no había que exigir besos ni caricia alguna, ni protestas de ningún género, y, en fin, ninguna de las pruebas que se dan dos seres que han de pertenecerse y cuya unión se halla tan próxima.

Así es que el marqués tomó el mejor partido.

Se fué á viajar.

A semejanza de tantos otros que salieron

huyendo de la guerra, se fué á Niza y á Monte-Carlo, buscando en el juego y en otras distracciones la posible calma para esperar la llegada del día, que se acercaba á grandes pasos.

Al corriente de cuanto sucedía por Chevagnes, experimentó secreta alegría cuando supo la desaparición de Román Tremor y de los Souvray, cuya hostilidad presentía, por más que no la temiera.

La enemistad de un hombre no le asustaba, y la desgracia de los indiferentes ó de los enemigos, tampoco conseguía conmoverle.

Los Nerón y los Calígula de la antigua Roma debieron ser de ese temple.

Iba directamente á su objeto, sin detenerse á mirar á los que aplastaba en su camino. Pero su semblante guardó siempre la misma correcta impassibilidad y la misma distinción de siempre.

Lucas y Catalina debieran hallarse orgullosos.

¿Pudieron nunca soñar mejor posición para su hija? ¿Se atrevieron jamás á verla convertida en marquesa de Taunay?

Y, sin embargo, aquella prosperidad no les alucinaba.

Al contrario, les repugnaba.

El guarda, después de dos años de separación, acogió á su hija con frialdad, sin efusión alguna. Su ruda lealtad se rebelaba contra una boda tan desigual, y tan inmediata á la catástrofe de la muerte de Elena de Rocheville.

Este sirviente, á la antigua usanza, estimaba á su jóven ama, como la estimaban cuantos la trataron.

El extraordinario encumbramiento de su hija era una pena más para él.

Desde muy temprano se iba por los lugares más desiertos; iba con la cabeza baja, la mirada fija en el suelo, pensando en los enemigos, los malditos prusianos, que pisaban vencedores su territorio; y pensaba también en el marqués de Taunay, á quien no podía dejar de odiar, y se preguntaba si después de la negativa que dió Solange á Román Tremor la noche aquella, cenando en el Priorato, no sería él juguete de una alucinación, de una odiosa pesadilla.

A veces, cuando regresaba á Gué-aux-Biches, con paso tardo, cansado de tanto andar, y veía á Solange que iba á su encuentro, vestida con sencillez, pero con gracia al mismo tiempo, con una suprema distinción, esbelta y robusta y como ninguna otra hermosa, se palpaba los ojos para saber si estaba bien despierto.

Durante las comidas, que eran siempre tristes, apenas hablaban.

Catalina, sin embargo, intentaba romper el hielo que cada día separaba más al padre y á la hija.

Pero nadie la ayudaba, y nada conseguía.

Ellos hubieran querido ver á Solange casada con Román, no con el marqués; esta boda les aterraba.

La noche de que hemos hablado, se hallaban solas en la casa madre ó hija.

Esta, vestida de negro, con un traje de cachemir, y por todo adorno una gola negra al cuello se hallaba sentada cerca de la ventana.

La expresión de su rostro era dolorosa.

Su madre se acercó á ella.

El padre apenas la hablaba. Pero Catalina la amaba con verdadera ternura, como aman las madres.

El padre dudaba de ella.

Catalina la creía sincera y pensaba, al verla sufrir y callar, ocultando sus designios y sin proferir una queja:

—¡Yo haría lo mismo! ¡Esa es mi sangre!

Lo que no comprendía era la aparente mansedumbre de su hija ante aquel casamiento, pues no se le ocultaba la aversión que Solange sentía hácia el marqués, como no se le ocultaba tampoco que seguía amando á Román Tremor.

Catalina se disponía á salir.

—¿Dónde vas, madre?—preguntó Solange.

—Al pueblo, en busca de noticias.

Y añadió con cierta timidez y bajando la voz, cual si temiera que la oyesen:

—Y también á ver á esa criatura...

Esa criatura era el niño, causa de todas las penas de la familia, ¡el hijo de la violencia!

Solange no quiso llevarlo á Gué-aux-Biches, donde no había sitio para él. Estaba con la nodriza en Chevagnes, en una solitaria alquería, propiedad de unos amigos de los Fargeas.

La abuela ahogaba los resentimientos de la corsa y se rendía á las sonrisas del inocente.

Lo hubiera querido tener en su casa; pero temía á los rigores y al negro humor de su marido.

—Ve pronto— dijo— Solange; — la noche se va á echar pronto encima.

Catalina se detuvo un momento cerca de su hija.

—¡Qué tri te estás! — le dijo.

—¿Yo? Nada de eso. Te equivocas.

—A medida que el momento se acerca, aumenta tu amargura.

—¡Qué equivocada estás!

—¡No faltan más que dos días!

Solange elevó los ojos al cielo y no contestó.

—Tienes un proyecto que me ocultas— repuso Catalina.— Sé franca.

—¿Qué proyecto quieres que tenga?

—¡Qué se yó! Odias al señor de Taunay.

—Es verdad.

—¡Y te casas con él!

—¿Y qué he de hacer? Me sacrifico por mi hijo.

Y añadió con íntima amargura:

—¿No es eso lo natural? Así labro su porvenir, que será magnífico. De otra suerte hubiera vivido como un desheredado, pobre, miserable, expuesto á todas las desgracias y á todas las privaciones. Quizá me hubiera llegado á odiar. ¡Los hijos suelen ser ingratos! No saben lo que las madres pasan por

ellos. Pero este me bendecirá. Pensará que, despues de todo, he preferido su felicidad á la mia, que he sido buena madre, consiguiendo para él un ilustre título y una gran fortuna. La riqueza de los Taunay es incalculable. Poseen bienes en todas partes. Todo será para él, puesto que no tendrá hermanos.

—¡Desgraciada! ¿qué estás diciendo?

—¿Yo?

—Sí; ya ves cómo mientes; tienes un proyecto, funesto probablemente.

—¡Qué quimeras te forjas!... Te juro... estoy loca... no hagas caso de mis palabras. Además, déjame; necesito estar sola. Te lo suplico.

Y atrayendo hacia ella á su madre, la dió un beso en la frente.

—Vete— volvió á decirle.— Infórmate y vuelve. Es tarde.

Catalina dió un suspiro y obedeció.

Solange la vió tomar por el lado del estanque y perderse en el camino de Chevagnes.

Quedó sola en Gué-aux-Biches.

—¡Dos días! — exclamó amargamente.— ¡Pobre madre mia, si ella supiera!...

Permaneció largo rato pensativa.

Luego, como la noche iba cerrando rápidamente, abrió la puerta y se fué hacia la rústica escalinata de la casa.

Durante cuatro años de ausencia, ¡qué de acontecimientos se habían sucedido!

¡Y cuántos otros iban á tener lugar en pocos días!

Creía ver que una sombra descendía poco

á poco por el estrecho valle en donde había paseado tantas veces del brazo de Román.

Allí fué donde se conocieron. Ella era muy niña cuando ya él iba muy á menudo á la casita del guarda, arrastrado por poderosa atracción.

¡Qué bueno era! ¡Cuando iba á la ciudad, jamás volvía sin un regalo para ella! ¡Y siempre diciéndola cosas tan agradables!

A medida que iba siendo moza, era más tímida con él; y un día, vagando junto á las entreabiertas flores, en primavera, comprendió que le amaba y que era apasionadamente correspondida.

Su corazón despertó entonces.

No resistió á ese dulce y tierno sentimiento, que llevaba á sus ojos lágrimas de alegría.

Y se entregó al amor.

Aquellos dos seres se acercaban el uno al otro por la pendiente natural.

Y de repente viéronse violentamente separados. La culpa de otro les impuso nuevos y crueles deberes. Por aquel hijo que no había deseado, pero al cual amaba con infinita ternura, se veía obligada á aceptar un nombre que le era odioso y á renunciar al hombre á quien hubiese querido pertenecer.

Y entonces tomó un partido para el cual necesitaba mucha fuerza de voluntad.

¿De dónde sacarla?

Fargeas no le perdonaba que hubiera deshecho sus más acariciadas esperanzas; que hubiera turbado su tranquila y modesta exis-

tencia, y fuera la causa, inocente quizás, de la tristeza de sus antiguos amigos y de la anargura de todos.

Pero el infeliz guarda estaba indudablemente más irritado ahora contra las desgracias de la pátria que contra su hija; y lo cierto es que todo ello contribuyó á agriarle el carácter, y á que no pareciera el mismo hombre.

Estaba siempre triste y habíase tornado muy arañó.

El cariño de su madre, del cual estaba segura, era para Solange motivo más para no tener esa fuerza de voluntad, puesto que al llevar á cabo sus propósitos, causaba á Catalina el mayor de todos los pesares.

Cuando más entregada se hallaba á estas crueles ideas, sonaba el *Angelus* en el campanario de Chevagnes.

Aquel rincón de la pátria ignoraba todavía las desdichas de la invasión.

En nada habían cambiado las costumbres del pueblo; la vida de sus habitantes seguía siendo monótona y triste.

Aquella pobre aldea creía librarse de la humillación de que pisaran su suelo las hordas enemigas.

¡Pero muchos de sus hijos no volverían!

¿Dónde estaban los Souvray?

¿Y Roman?

Solange hubiera querido tenerle cerca de ella el día de su boda.

Su presencia la hubiera dado el valor necesario, pues cada vez tenía menos.

Ofreció á su amigo darle una prueba de amor. Y quería darsela.

¡Pero si hubiera muerto! ¿Y si la hubiera olvidado? ¿Quién puede calcular los sentimientos del hombre?

¡Con qué alegría hubiera sabido su salvación! ¡Con qué dicha hubiera acogido su regreso, escuchado sus protestas de amor como otras veces! ¡Qué poco le hubiera costado luego llevar á cabo su sacrificio!

Pero sucediera lo que sucediera, estaba decidida á todo.

Nada podía hacerla variar de resolución. Se lo había jurado á sí misma.

Se casaría con el marqués de Tannay, mas no sería suya.

Llevaría á efecto su juramento con la fría é implacable tenacidad de una corsa; no en balde corría esta sangre por sus venas!

La sombra que creyó ver se iba aproximando. Solange se puso á escuchar.

Un hombre se acercaba con precipitado paso en dirección á la casa del guarda.

En seguida salvó la esquina de la tapia y abrió la valla del patinillo.

Al verle, Solange lanzó un grito y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer desfallecida.

—¡Vos!—exclamó.

XIV

Era Román Tremor, á quien ella creía herido, prisionero, perdido, muerto probablemente.

Diríase que lo había olvidado todo, y encontraba, en la alegría del regreso, al que iba á ser su esposo, al hombre que la amaba y á quien ella adoraba.

El no dejaba de contemplarla.

—¡Qué hermosa estás—dijo,—pero qué pálida!

En efecto, toda la sangre de la pobre muchacha había afluido á su corazón.

Y tardó mucho tiempo en volver de su increíble sorpresa.

—Referidme todo lo que os ha sucedido—dijo al fin.

Entónces la explicó él cómo había caído prisionero en Metz, y cómo le llevaron á Baviera con su regimiento; que diferentes veces trataron de huir, mas sin poder conseguirlo; que al fin logró evadirse con los Souvray, que llegaban al mismo tiempo á Chevagnes, pero querían que se ignorara su regreso. Era preciso callarlo y no decir nada ni aun á Fargeas.

—¿Habéis visto á vuestro padre?—preguntó Solange.

Él debió ponerse encarnado hasta los ojos; mas la oscuridad que había en la casa impidió que ella lo notara.